

---

# Sal y jefaturas: una reflexión sobre el yacimiento del Bronce Antiguo de Santioste, en Villafáfila (Zamora)

---

GERMÁN DELIBES DE CASTRO\*

## INTRODUCCIÓN

Aunque en los últimos tiempos el conocimiento de la prehistoria reciente de Zamora ha experimentado un notable impulso, contribuyendo a perfilar una secuencia relativamente completa de la Edad de los Metales en este sector de la Submeseta Norte, las lagunas continúan siendo importantes y todavía hoy, después de más de veinte años de trabajos de campo, existe la posibilidad de “descubrir” horizontes o culturas arqueológicas auténticamente insospechadas. Este es el caso, por ejemplo, del Bronce Antiguo que las excavaciones dirigidas por Viñé en el pago de Santioste de Otero de Sariegos, en Villafáfila, han tenido la fortuna de definir (Viñé *et alii*, 1990 y 1991), y que, como acertadamente se expone en los informes publicados hasta el momento, representa la proyección en el oeste de Tierra de Campos de aquel horizonte que, en el curso superior del Duero, A. Jimeno, J. J. Fernández Moreno y M. L. Revilla (1988) acertaron a bautizar con el pintoresco nombre de una de las estaciones más representativas: Parpantique.

No nos proponemos hacer en estas páginas una valoración general de las novedades que en el plano secuencial introduce el descubrimiento de Santioste, las cuales se refieren a la existencia de un episodio prehistórico intermedio entre la plenitud del campaniforme Ciempozuelos -que en esta provincia podría simbolizar Villabuena del Puente-, y ese momento formativo del grupo de las cerámicas excisas y del Boquique que constituye el Proto-Cogotas I, igualmente bien conocido en tierras zamoranas (Delibes y del Val, 1990). Tampoco nos planteamos como objetivo primordial el análisis de las peculiarísimas cerámicas, predominantemente lisas, del yacimiento, para las que ya empiezan a surgir paralelos en otras localidades provinciales, aunque la mayor concentración de ellas se siga registrando, precisamente, en el rosario de humedales de la zona de Villafáfila (Rodríguez, Larrén y García Rozas, 1990). Nuestra pretensión en este caso se limita, por un lado, a dejar constancia de que las diferentes áreas exhumadas en Santioste, correspondientes sin duda a espacios de producción y no estrictamente habitacionales, como ya anotaron los excavadores (Viñé *et alii*, 1991, 183), reproducen con admirable fidelidad el esquema de las más típicas salinas prehistóricas y protohistóricas de Europa occidental, y por otro, sirviéndonos del testimonio de una sepul-

\* Departamento de Prehistoria y Arqueología. Universidad de Valladolid.

tura del mismo yacimiento, con un ajuar excepcional como corresponde a un personaje de élite, a plantear la hipótesis de que la explotación salinera pudiera haber sido el desencadenante de la consolidación en esta comarca de una “sociedad de jefaturas” (Service, 1984).

El yacimiento de Santioste se sitúa en las inmediaciones de la Laguna de Las Salinas, al suroeste de Otero de Saregos, no lejos del límite con Villarrín, y ocupa una pequeña elevación condenada a desaparecer bajo las aguas, una vez éstas alcancen el nivel previsto en los planes de conversión de esta zona en Parque Natural, lo que aconsejó precisamente su excavación en 1990 y 91 por trámite de urgencia. Con todo, no es seguro que cinco mil años atrás el yacimiento rayara tan literalmente la orilla de la laguna como ocurre en la actualidad, puesto que la profundidad de estos esteros de la cuenca endorreica de Villafáfila, apenas drenados por un río con nula capacidad de transporte como el Salado, ha sufrido importantes variaciones en los últimos siglos como consecuencia de la fuerte erosión que en los campos circundantes ha provocado la agricultura intensiva –anótese que sólo desde 1850 hasta hoy la colmatación sedimentaria ha producido una merma de profundidad de entre 1,6 y 0,6 m.–, acarreado todo ello sin duda una nada desdeñable transformación topográfica del entorno lacustre (Casco y Molinero, 1989, 383).

Las excavaciones, sin resultados en aquellas unidades proyectadas para controlar la posible existencia de una línea de defensa perimetral, alcanzaron notable éxito, en cambio, en el sector central, donde, en una extensión de 36 m<sup>2</sup> (6 x 6), absolutamente cubierta de cenizas blancas y rosas, fueron exhumadas estructuras de muy distintas características –fondos de cabaña, hornos, cubetas, hogares, silos y un posible pozo– que en conjunto se han relacionado, dada la extrema escasez de restos de fauna y de otras basuras orgánicas que no fueran las propias cenizas, con un espacio artesanal, muy probablemente un alfar a juzgar por la extraordinaria cantidad de cerámica allí recuperada.

Nuestra convicción de encontrarnos, sin embargo, ante un taller de producción de sal, ni mucho menos descartada en los primeros informes publicados sobre los trabajos de campo, se fundamenta en los siguientes puntos:

a) la entidad de las estructuras de combustión descubiertas, que comprenden, además de cinco hornos superpuestos, varios hogares y una serie de enormes cubetas que dan “la impresión de haber recibido fuego directamente” (Viñé, *et alii*, 1991, 177), por no hablar ya del ingente volumen de cenizas detectado, “que cubren toda la superficie (de la cata), desbordando los límites de la cabaña” (*ibidem*, 182).

b) el reconocimiento de un depósito de agua, el llamado “pozo”, con revestimiento de margas, que posiblemente se utilizó como artesa para la salmuera (*ibidem*, 179-9).

c) la identificación de los clásicos “pies” o “peanas”, tan propios de los talleres prehistóricos de sal, a los que aquí se identifica erróneamente con morillos (Viñé *et alii*, 1990, 91), los cuales tenían como finalidad mantener por encima del lecho de brasas las vasijas en las que había de cristalizar la sal, secando en forma de panes, y,

d) la presencia de unas cerámicas singulares, “de factura muy tosca realizadas en barro secado al sol” (Viñé *et alii*, 1990, 99 y 1991, 183), cuyas calidades pare-

cen coincidir con las que generalmente denotan los moldes o barquetas de la mayoría de los hervideros de sal protohistóricos. Tales son los principales argumentos en pro de acreditar en Santioste una actividad salinera.

Aunque no sea exactamente de la misma época, ya que data de avanzado el periodo de La Tène, la factoría del islote armoricano de Erbihens, en Saint-Jacut-de-la-Mer, excavada modernamente por Langouet (1989), constituye un magnífico exponente de la organización de uno de estos talleres para producir sal por evaporación, siendo digno de destacar que en él, fuera de la mayor entidad arquitectónica del edificio que cobija las instalaciones, se atestiguan los mismos tres elementos principales de Santioste: *artesas* para almacenar la salmuera antes de transvasarla a los moldes de arcilla; fuegos u *hogares* concebidos para la producción de brasas, y cámaras de combustión u *hornos* alimentados por las mismas brasas, sobre los que se colocarían los moldes con vistas a acelerar la ebullición del agua y a forzar la cristalización de la sal.

El esplendor de este tipo de salinas se sitúa en la Edad del Hierro, época a la que corresponden multitud de factorías, por lo general muy arrasadas, que se localizan tanto en el litoral atlántico francés (Gouletquer, 1969) como, frente a él, en las costas de Essex (Brisay y Evans, 1975). También hay testimonios de actividad similar en el centro de Europa, siendo curioso comprobar como en Hallstatt, tras un largo periodo del Bronce Final en el que se explotaron con intensidad las célebres minas locales de sal gema, la producción salinera se orientó a partir del Hierro al aprovechamiento del cloruro sódico precipitado en el agua de algunas fuentes locales (Forbes, 1965, 170-1), al modo en que, según Estrabón (VII.5.11, cap. 318), lo hacían ciertos pueblos de Ilyria.

Pero sería poco afortunado, máxime pensando en la interpretación de un yacimiento del Bronce Antiguo como el de Santioste, transmitir a través de estos ejemplos la falsa impresión de que el referido sistema de producción de sal únicamente llegó a atestiguar en época prerromana, máxime cuando existen no pocos documentos prehistóricos que garantizan resueltamente lo contrario. Escacena y Rodríguez de Zuloaga (1988), en ese sentido, ilustran la existencia de actividad salinera en la marisma del Guadalquivir desde un momento avanzado del Neolítico, aportando para ello el argumento, tanto de la ubicación de los yacimientos implicados en un área llamada históricamente a ser explotada en este sentido, como la anómala acumulación de objetos de barro –moldes de cerámica, peanas, etc.–, formando el clásico y espectacular “briquetage” de esta clase de talleres (Bertaux, 1981).

De cronología algo posterior, ya Bronce Antiguo como Santioste, serían algunas otras estaciones de Alemania central como las de Halle-Giebichenstein, en las que Riehm (1961) no sólo identifica millares de moldes para la fabricación de panes o tortas de sal, sino también centenares de cilindros de arcilla en su posición original, lo que sirvió para despejar definitivamente la duda sobre la forma de utilización de los mismos. No se trata, en efecto, de separadores de barquetas o moldes, como alguna vez ha podido insinuarse, sino de verdaderos pilares que, hincados en el suelo para procurar su equilibrio (¿podría ser esta la razón de tantos hoyitos en torno al hogar de la esquina SW de la cata central en el yacimiento de Otero de Sariegos?), levantaban las vasijas de salmuera unos centímetros por encima de un lecho de brasas, evitando el contacto directo de ellas con el fuego a fin de que la cristalización de la sal se produjera, en condiciones óptimas, a tem-

peraturas no muy alejadas de los 100° (Langouet, 1989, 171). ¿No coincide esta interpretación, punto por punto, con lo atestiguado en la misma esquina SW de la cata central, en la que se apreciaba “una superficie cóncava rellena de cenizas de color rosáceo con manchas anaranjadas en el fondo” que, “tras su excavación, se comprobó eran cilindros de arcilla sin cocer, rodeados por un anillo de cenizas blancas”? (Viñé *et alii*, 1991, 180).

También reclama nuestra atención un nuevo documento, esta vez del Bronce Final y localizado en el estuario del Támesis, en Mucking, por cuanto, pese a no ser más que un modesto hoyo con restos de equipamiento para la explotación salinera (cuñas y peanas de barro seco), incluye asimismo grandes pellas de arcilla límpia y cruda. En torno a estas últimas, Jones (1977) expone la sospecha de que pudiera tratarse de materia prima para fabricar *in situ* las inevitables piezas de terracota de cualquier centro productor de sal, y ello nos lleva a preguntarnos si la acumulación de arcillas detectada entre los dos lechos arqueológicos de la excavación de 1990, inviabile como consecuencia de una crecida aluvial y carente de correspondencia en la cata del centro (Viñé *et alii*, 1991, 181), no podría responder a expectativas de trabajo similares, máxime cuando se admite su condición de aporte antrópico.

Por último, en relación con la abundantísima cerámica del yacimiento, que corresponde en muchos casos a vasijas cuyo diámetro es mayor que la anchura de los hornos, lo que invalida la hipótesis de una cocción en su interior, habremos de anotar que no sólo no es extraña su presencia, sino que se trata de una constante en la totalidad de los yacimientos mencionados. Si acaso, en contraste con la monotonía vascular de los talleres laténicos, donde apenas hay otra cosa que restos de moldes, en Santioste llama la atención la notable diversidad formal de la vajilla, impropia, podría pensarse, de un espacio en el que se desarrolla una actividad tan específica; pero ni siquiera ello representa una descalificación de peso para nuestra interpretación desde el momento en que, como ha defendido Saule (1982, 57-63), incluso en la cerámica industrial de la Edad del Bronce proyectada para la producción de sal está justificada cierta variedad de formas y tamaños, atendiendo a la diversidad de actividades desplegadas en cada una de las fases del proceso.

Hornos, artesas, hogares, soportes, abundancia de cerámicas toscas y rotas, y un medio natural apropiado –las aguas salobres de la laguna inmediata en este caso– constituyen, en fin, el denominador común de multitud de factorías de sal prehistóricas de Europa, erigiéndose en Santioste en testimonio concluyente de que ya en el Bronce Antiguo la más fina sal –la *favilla salis* a la que se refería Plinio (*Nat. Hist.*, XXXI, 90), que acabaría prestando con toda probabilidad su nombre a estos húmedos parajes– era objeto de explotación en Villafáfila. Un precedente, en suma, de las célebres “pausatas” medievales de este sector (Mínguez, 1980, 193-4), cuyo origen, por otra parte, tampoco se descarta pudiera retrotraerse inclusive a la Edad del Cobre, como sugirieron Rodríguez, Larrén y García Rozas (1990), dada la enorme concentración de yacimientos de esta época en torno a Las Salinas, su acentuada condición ribereña, y la llamativa coincidencia espacial de sus emplazamientos respecto a los de las factorías del Medioevo.

Hacia el final de la ocupación de Santioste, coincidiendo con el abandono de la factoría de sal y en su mismo espacio, se practicó un enterramiento, cuya fosa –tal vez un simple silo reaprovechado– había sido excavada en los niveles arqueológicos infrayacentes, lo que justifica su gran profundidad absoluta dentro del yacimiento. Se trata de una sepultura individual, de inhumación, correspondiente al

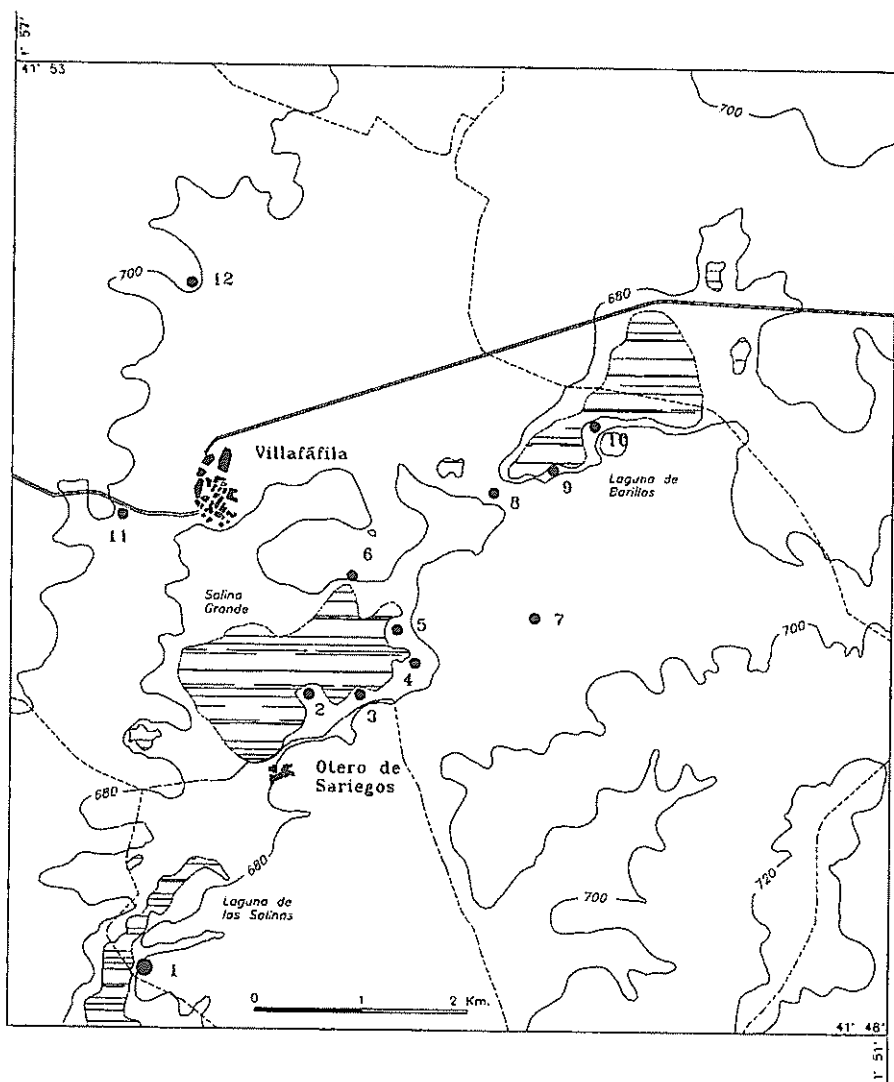


FIG. 1.- Llamativa ubicación de los yacimientos del Bronce Antiguo, tipo Santioste, en las orillas de las Salinas de Villafañila (a partir de Rodríguez, Larrén y García Rozas, 1990). 1.- Santioste; 2.- Papahuevos; 3.- El Barco; 4.- Madornil; 5.- La Rasa; 6.- La Cabañica; 7.- La Pinilla; 8.- Sobradillo 2; 9.- Sobradillo 3; 10.- Tierras de Barillos; 11.- Cementerio Nuevo; 12.- La Cantera.  
Calco sobre las hojas 308 y 340 del MTN de España, escala 1:50.000.

parecer a una joven, casi una niña, cuyo cuerpo, flexionado y apoyado sobre el costado derecho, yacía directamente sobre una mancha de ocre, con la particularidad de que la mano del mismo lado se mostraba abierta, en actitud de asir un cuenco de cerámica lisa, con umbo basal. El ajuar, además, estaba constituido por una pulsera de cuentecitas minúsculas de hueso, colocada en la muñeca del brazo izquierdo, y por un collar en el que alternaban idénticas perlas óseas con tres capsulitas hemisféricas de plata y, muy posiblemente, con un botón prismático de hueso (¿marfil?), perforado en V, a modo de cierre. No es improbable, asimismo, que un extremo de brazal de arquero de pizarra hallado en el fondo de la fosa formara parte igualmente del ajuar, aunque los excavadores expresen rotundamente la opinión de que en realidad correspondía a una unidad estratigráfica ajena a la tumba, asociada a un relleno inmediatamente previo a ella (Viñé *et alii*, 1990, 95-7).

Varios son los factores que, como ya ha sido señalado, inducen con toda naturalidad a comparar o relacionar la tumba de Santioste con las más típicas campaniformes del sector campañés de la cuenca del Duero. De una parte su condición de sepultura individual en fosa que coincide con la de los mejores conjuntos funerarios Ciempozuelos, caso de Fuente-Olmedo, Pajares de Adaja o Villabuena del Puente (Delibes, 1977); de otra, la coincidencia de algunos de sus elementos de ajuar, que, si bien no alcanza a la cerámica –sólo podría argüirse una comparación con las “especies campaniformes lisas”, tipo las del sepulcro del zamorano barrio de Los Pasos (Maluquer de Motes, 1960, 119-121), lo que, a falta del Vaso *sensu stricto*, no deja de resultar gratuito–, sí lo hace al botón en V y al controvertido brazal de arquero, elementos ambos clásicos del más genuino equipo o complejo campaniforme, y también a las capsulitas de plata del collar que, como avezadamente se ha señalado, tienen buenas réplicas formales en las, en este caso áureas, de la sepultura soriana de Villar del Campo (Delibes, 1978, 282-3). Por último, una razón más para especular sobre el vínculo campaniforme nos lo ofrecerían las dos fechas absolutas referidas a la ocupación del yacimiento –1830 y 1800 a.C.– que representan un término *post quem* para el enterramiento y, en consecuencia, cierto sincronismo con las dataciones C-14 disponibles de momento (en torno a 1700 a.C.) para el más conspicuo de los enterramientos Ciempozuelos de la cuenca del Duero: Fuente-Olmedo (Martín Valls y Delibes, 1989, 80-4).

Sabemos, empero, por la propia adscripción cultural del yacimiento al que corresponde la tumba, que ésta data del Bronce Antiguo, lo que tampoco hubiera pasado desapercibido a un detenido análisis de al menos dos de los elementos arqueológicos de que se acompaña. En el caso de las capsulitas metálicas del collar, por ejemplo, sería necesario subrayar que se trata de adornos de plata, un metal precioso sistemáticamente ausente en contextos campaniformes de la Península Ibérica y muy rara vez utilizado en yacimientos europeos de este mismo signo: Petit Chasseur en Suiza o Praga-Bubeneç en Checoslovaquia (Harrison, 1980, 48). A cambio, comienza a documentarse con relativa asiduidad en contextos ibéricos del inicio de la Edad del Bronce: en El Argar se anota la recuperación de más de 300 piezas, aunque todas ellas salvo alguna diadema, fueran adornos mínimos y pequeños apliques como se deduce del escaso peso conjunto de las mismas, próximo a 1,5 kg (Mata Carriazo, 1947, 830); en el marco de la cultura manchega de Las Motillas se registran también algunos hallazgos, todos ellos en contextos funerarios, como los clavos de un bello brazal de arquero de La Morra de Quintanar o sendas pulseras procedentes de enterramientos infantiles de La Encantada (Martín *et alii*, 1993, 37). Inclusive en el ámbito atlántico, donde no

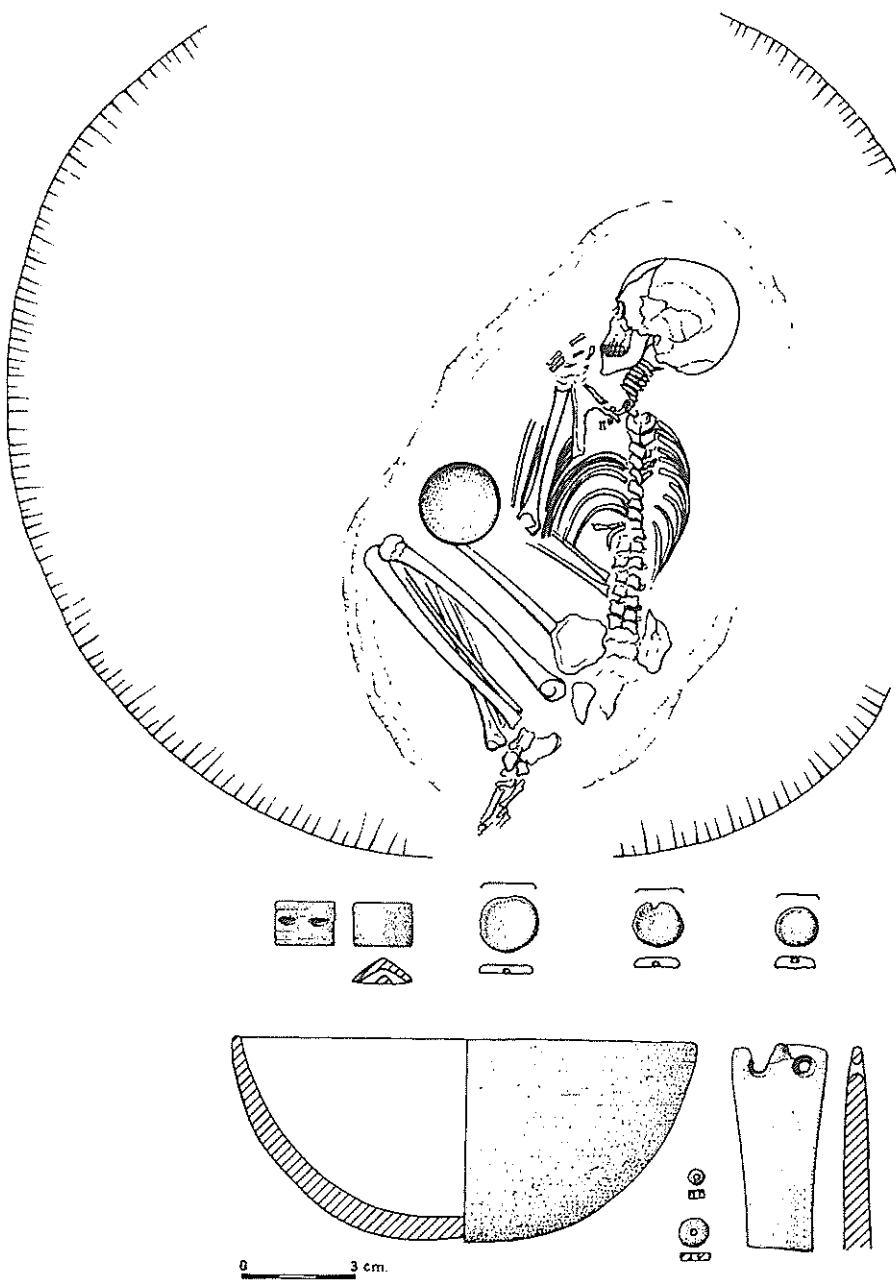


FIG.2.- Santioste, Otero de Sariegos (Zamora). Croquis del enterramiento en pozo y elementos de ajuar del mismo, con la posible salvedad del brazal de arquero. (A partir de originales de Viñé, *et alii*, 1990).

son tan comunes, no faltan joyas aisladas, casi siempre espiraliformes de pelo o pendientes, igualmente asociadas a sepulturas, como las de las necrópolis de cistas tipo Becerrero-Castañuelo en Huelva (del Amo, 1975) o tipo Atios en el Bronce Protoatlántico del Noroeste (Álvarez Blázquez *et alii*, 1970), a las que moderadamente se han de añadir las deparadas por los túmulos más tardíos de la Sierra de Aboboreira (Jorge, 1992, 476-7). Tampoco sobraría una alusión a los clavos argéteos de las espadas de Cuevallusa en Cantabria (Jorge Aragoneses, 1953, 476-7), ni, como hallazgo único en la Submeseta Norte, a la pulsera filiforme recuperada en Cueva Tino, Palencia, en un ambiente una vez más funerario al que se asocian un hacha de cobre y cerámicas lisas de ambigua adscripción cultural (Alcalde y Rincón, 1980).

Este es el horizonte de inicios del Bronce Pleno que debe actuar como marco de referencia a la hora de plantearnos la ubicación temporal del conjunto de Santioste, lo que, por otra parte, confirma la cronología de otro de los elementos más significativos del ajuar, como es el botón perforado en V. Y es que el mismo no responde a ninguno de los tipos comúnmente vinculados al horizonte campaniforme –cónicos, en casquete esférico, en tortuga o Durfort (Arnal, 1973)–, sino que reviste una forma prismática que, como apunta Harrison (1977, 88), “nunca ha sido hallada en conjuntos cerrados campaniformes”, datándose en la temprana Edad del Bronce. Confirma esta impresión su habitual presencia en contextos epicampaniformes del oriente del Pirineo, donde se registra la máxima concentración de hallazgos a escala peninsular (*ibidem*), y, asimismo, su comparecencia en algunos enterramientos de las culturas de El Argar (Lull, 1983, 214) y Las Motillas (Fonseca Ferrandis, 1984-85). Más próximos espacialmente serían algunos ejemplares del País Vasco –Gúrpide Sur, Zeontza, Sákulo (Rodanés, 1987, 159-161)– y del norte de Burgos –Las Arnillas de Sedano (Delibes *et alii*, 1986, 27)–, los cuales, sin embargo, no dejan de plantear problemas en cuanto a su auténtica posición cronológica.

Pero si la sola forma del botón de Santioste ya representa una garantía de su datación post-campaniforme, no habrá de serlo menos el hecho de que se trate de una pieza de marfil. Ciertamente en ningún caso se alude a la condición ebúrnea de este objeto; antes bien, se afirma que se trata de una simple pieza de hueso. Pero su esfoliación en cinco láminas limpias y su atemperada tonalidad amarillenta hacen muy probablemente que se trate de un adorno de marfil, lo cual, indirectamente, tiene repercusión en el diagnóstico cronológico. En un conocido trabajo en el que se reúnen los objetos de marfil africano constatados en yacimientos peninsulares del tercer y segundo milenios a. C., Harrison y Gilman (1977) ponen el acento en que éstos se circunscribieron prácticamente durante la Edad del Cobre al Sureste y al estuario del Tajo, para desde el Bronce Antiguo intensificarse su presencia –aunque, como se ha dicho, tal vez todo el marfil movilizado en Iberia no representara más cantidad que la de dos o tres colmillos de elefante (Martín *et alii*, 1993, 35)– consiguiendo ampliarse su comercialización a las tierras de la Meseta. Los hallazgos de Las Motillas, en efecto, son relativamente comunes, tal vez incluso más que en El Argar –El Azuer, Santa María del Retamar, El Cuco, La Encantada, La Morra de Quintanar y, más que ningún otro, El Acequión– (Martín *et alii*, 1993, 34), y nada tendría de particular, máxime acompañándose de los exóticos adornos de plata, que el botón de Santioste procediera del Sureste, y hubiera llegado al norte de la Meseta a través de intermediarios manchegos.



Si en el caso del marfil, probablemente africano, resulta obligado pensar en un largo camino comercial facilitado por la existencia de un circuito distribuidor más o menos establecido, que incluye el mediodía peninsular, en el de la plata las cosas no debieron ser muy distintas. No es imposible, desde luego, que la de los apliques o cuentas de Santioste procediera del beneficio de sulfuros de plomo de puntos relativamente próximos, como Losacio, San Martín del Pedroso, Pino de Oro o el sinclinal Alcañices-Carbajales de Alba (Moro Benito, 1987, 293-8), pero falta el más leve indicio positivo que lo avale. Por el contrario, en la cultura de El Argar, en la que, como señalamos, se atestiguaba con diferencia el mayor volumen peninsular de elementos argénteos durante el Bronce Pleno, hay pruebas bastante concluyentes, por ejemplo en El Oficio, de la reducción de galenas por copelación (Chapman, 1991, 226), e, indirectamente, de la producción de este metal precioso (Harrison, 1983), resultando ello decisivo para que bastante unánimemente se atribuya a los centros del Sureste no ya sólo la plata de la Edad del Bronce del solar ibérico, sino también la de otros grupos mucho más alejados como, en la “fachada atlántica”, el de los Túmulos Armoricanos (Briard, 1978, 87-9).

Aun sin una intención muy explícita, hemos ido tomando conciencia de la riqueza intrínseca de algunos de los materiales de la tumba de Otero de Sarriegos (la plata y el marfil); se ha ido deduciendo también su condición de elementos importados, con toda probabilidad desde el este, y se ha alcanzado a percibir el elevado valor simbólico de ciertos objetos como los botones en V o los brazales de arquero, no en vano heredados de la panoplia funeraria de los “príncipes” campaniformes. Son todos ellos detalles bastante indicativos de la distinción y del elevado estatus social del personaje inhumado en la sepultura zamorana. La inexistencia de otros conjuntos funerarios de su misma época en el propio yacimiento o en otros próximos de parecido signo dificulta conocer el grado real de contraste existente entre los ajuares sepulcrales de entonces, esto es, impide saber qué supone éste de verdadera distinción respecto a sus contemporáneos regionales; pero ello no ocurre así en los cementerios de El Argar, *grosso modo* de su misma época, donde Lull y Estévez, trabajando con una muestra bastante amplia de enterramientos, estableciendo categorías de riqueza entre los ajuares, y utilizando como variable la condición sexual de los difuntos, diferencian cinco clases de sepulturas correspondientes a otros tantos niveles de la estructura social. No representa ninguna sorpresa su decisión de situar en la cúspide de la pirámide a las más aparatosas tumbas masculinas con armas (espadas-alabardas) y oro; pero sí se nos antoja decisivo advertir cómo los ajuares comparables al de Santioste (con adornos de plata y cerámica), que, como en la tumba zamorana, corresponden bastante sistemáticamente a mujeres, se adscriben a una 2ª Categoría, que con la anterior –la 1ª– “formarían la clase dominante argárica”, es decir “compartirían el mismo segmento familiar, si bien es posible que los ajuares de la 1ª Categoría sólo se asociaran a individuos con dirección efectiva de la comunidad, mientras que los de la segunda correspondieran a sus mujeres, adolescentes y niños” (Lull y Estévez, 1986, 450-1).

La referencia de los cementerios argáricos es, pues, también reveladora de la distinción del personaje de Santioste, y ello pese a su corta edad y sexo –una niña, se nos dice a través del análisis antropológico, de no más de catorce años–, lo cual parece suficiente para acreditar la existencia ya por entonces de auténticas jerarquías hereditarias, características de una sociedad en la que el poder y el principio

de autoridad estaban tan definitivamente vinculados a determinados grupos de sangre, a determinadas familias, que se transmitían de generación en generación en el propio seno de las mismas.

En el pasado se contempla la existencia de dos modelos de explotación de sal, de envergadura y régimen de funcionamiento bien distintos, que conviene recordar a efectos de valorar adecuadamente la documentación de Santioste. Uno de ellos, el más simple, que podría denominarse *abierto*, nos es conocido a través de distintos testimonios etnográficos, y podría resumirse en la evidencia, recogida por Powell (1988, 54), de los indios de Luisiana, que, cuando sentían la necesidad de aprovisionarse de sal, se desplazaban hasta los lagos salobres próximos al río Negro, se instalaban estacionalmente en sus orillas donde podían hacerse con ella en abundancia, y volvían a partir hacia sus puntos de origen. El comportamiento, evidentemente, es propio de grupos de organización no muy compleja ante un bien importante –satisface el consumo doméstico y el del ganado, además de facilitar el curtido de cueros y la preparación de conservas– relativamente abundante en el sector (Müller, 1987). Y, frente a él, cabría hablar de un nuevo modelo, *centralizado*, propio de sociedades más organizadas, en el que la explotación de la sal es sometida a un mayor control, tanto por ser un producto, como antes decíamos, de primera necesidad, como por la posibilidad de convertirla en fuente segura de ingresos vía comercio. Aquí podríamos recordar el intento de monopolizar la sal por parte de la corona inglesa en la India en el siglo XIX (Müller, 1987, 16), el interés por ella de los gobernadores coloniales españoles en América (Powell, 1988, 51), o, más próximo, el progresivo cambio de régimen de explotación de las salinas castellanas durante el Medioevo, que, según R. Pastor (1963), evolucionó de fórmulas descentralizadas que contemplaban la existencia de pequeños propietarios al frente de las “pausatas” o posadas, a un régimen de monopolio real (Martínez Sopena, 1985, 309-310). Inclusive, aunque se tratara de una sal diferente, de mina, se podría intuir una situación similar durante el Bronce Final-Primer Hierro en Hallstatt –etimológicamente el “lugar de la sal”– siempre y cuando tuvieramos la seguridad de que el enriquecimiento de los “grandes hombres” de la necrópolis descansó precisamente en la explotación y comercialización de esta materia prima, como tan común y lógicamente se propone.

El documento de Santioste, en alguna medida debido a la escasa extensión del área excavada, no resulta demasiado locuaz a la hora de contrastar cualquiera de las dos posibilidades. Los arqueólogos hablan abiertamente de un establecimiento estacional de acuerdo con la percepción en el yacimiento de ocupaciones superpuestas y discontinuas (Viñé *et alii*, 1991, 185); y ello, unido a la enorme dispersión espacial de las supuestas unidades productivas –las estaciones del Cobre y Bronce aledañas a las Salinas de Villafáfila son, como dijimos, numerosísimas–, podría inducir a pensar en el modelo más descentralizado. Pero frente a ello cabe emplear el argumento de la relativa entidad de las instalaciones, ostensible en el caso de la reconstrucción de los hornos, y aun también el hecho de que lo que se pretende en Otero de Sariegos no es la simple obtención de sal –para lo que hubiera sido menos oneroso recurrir al procedimiento de la evaporación del agua en balsas someras al aire libre, merced a la acción solar–, sino su *producción moldeada* en estructuras de combustión, con costes mucho más elevados, pero también con la virtud de obtenerse una manufactura mucho más adecuada para el transporte y, quizás, ya modulada en unidades de peso o tamaño.

Son estos últimos datos los que podrían sugerir la existencia de un importante comercio de sal durante el Bronce en el entorno de Villafáfila, acaso como el mencionado por Estrabón (III.5.11, cap. 175) cuando, al referirse a los habitantes de las islas Cassitérides, indica que cambiaban plomo y estaño por sal, cerámica y útiles de bronce. Esa posibilidad de una producción a mayor escala de la requerida para cubrir las estrictas necesidades del grupo al que correspondieron los salineros de Otero de Sariegos justificaría la existencia de unos gestores o encargados del fomento y redistribución de la riqueza colectiva, de unos jefes que por ello, en su afán integrador, impulsan la diversificación económica, estimulan la especialización local, incrementan la redistribución y alientan el comercio como fórmula para mantener la paz (Service, 1984, 97). Descartamos la posibilidad de que las gentes del Bronce Antiguo de Santioeste se dedicaran exclusivamente a la producción salinera, pero no nos quedan grandes dudas de que, aunque complementaria, fué una actividad importante y de que la distribución de las tortas o lingotes de sal desbordó el ámbito local, bien como mercancías de un comercio regular, bien simplemente como dones en régimen de trueque, al modo en que circulaban entre los caciques indios de ciertas zonas de Florida (Powell, 1988, 51).

De una u otra manera —la élite organizando una extensa producción destinada al intercambio o utilizándola, más restrictivamente, como presente en el marco de una política de alianzas—, tras la sal se adivina la existencia de unos jefes, de los que en Santioeste no deja de haber constancia arqueológica. En la tumba, en efecto, hemos reconocido un ajuar inconfundiblemente elitista, el cual, un tanto sorprendentemente, corresponde a una niña de no más de 13 años. He ahí la prueba más concluyente de una sociedad de jefaturas relativamente consolidada, en la que el estatus ya no es un estigma conquistado a través de unos méritos puntuales, sino algo adscrito más permanentemente, que se perpetua en una línea familiar de descendencia.

Valladolid, primavera de 1993

## BIBLIOGRAFÍA

- ALCALDE CRESPO, G. y RINCÓN VILA, R. 1980: "El conjunto funerario de Cueva Tino, La Horadada (Mave, Palencia)", *Boletín de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 42, pp. 63-101.
- ÁLVAREZ BLÁZQUEZ, J. M., ACUÑA CASTROVIEJO, F. y GARCÍA MARTÍNEZ, C. 1970: "Cista y ajuar funerario de Atios (Porriño)", *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XXV, pp. 20-26.
- AMO, M. DEL 1975: "Enterramientos en cistas de la provincia de Huelva", en *Huelva, Prehistoria y Antigüedad*, Madrid, pp. 109 y ss.
- ARNAL, J. 1973: "Sur les dolmens et hypogées du pays latins: les V-boutons," en *Megalithic graves and ritual*, Papers presented at the III Atlantic Colloquium, Moesgard, 1969, Copenhagen, pp. 221-227.
- BERTAUX, J. P. 1981: "L'Archaeologie du sel en Lorraine. "Le briquetage de la Seille"", Mosselle, en *Le sel et son histoire*, Actes du Colloque de l'Association Interuniversitaire de l'Est, Nancy, 1979, Nancy, pp. 519-538.
- BRIARD, J. 1978: "Problemes metallurgiques du Bronze Armoricaine: etain, plomb et argent", en Ryan, M. (ed), *The origins of metallurgy in Atlantic Europe*, Proceedings of the Fifth Atlantic Colloquium, Dublin, pp. 81-96.

- BRISAY, K. W. DE y EVANS, K. A. (eds) 1975: *Salt, the study of an ancient industry*, Colchester Archaeological Group.
- CASCOS MARAÑA, C. y MOLINERO HERNANDO, F. 1989: "Las lagunas de Villafáfila. Los problemas de conservación de un área húmeda de excepcional valor", *Actas del XI Congreso Nacional de Geografía*, II, Madrid, pp. 381-390.
- CHAPMAN, R. 1991: *La formación de las sociedades complejas. El sureste de la península ibérica en el marco del Mediterráneo occidental*, Barcelona.
- DARVILL, T. 1977: *Prehistoric Britain*, Londres.
- DELIBES, G. 1977: "El Vaso Campaniforme en la Meseta Norte española", *Studia Archaeologica*, nº 47, Valladolid.
- DELIBES, G. 1978: "Reinterpretación del ajuar campaniforme de Villar del Campo. Nuevos elementos de juicio para la valoración de la incidencia centroeuropea en el mundo de Ciempozuelos", *Celtiberia*, 56, pp. 267-286.
- DELIBES, G., ROJO, M. y SANZ, C. 1986: "Dólmenes de Sedano. II. El sepulcro de corredor de Las Arnillas (Moradillo de Sedano, Burgos)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 27, pp. 7-39.
- DELIBES, G. y VAL RECIO, J. DEL 1990: "Prehistoria reciente zamorana: del Megalitismo al Bronce", *Actas del I Congreso de Historia de Zamora. II. Prehistoria y Mundo Antiguo*, Zamora, pp. 53-100.
- ESCACENA, J. L. y RODRÍGUEZ DE ZULOAGA, M. 1988: "La Marismilla: ¿una salina neolítica en el Bajo Guadalquivir?", *Revista de Arqueología*, IX, pp. 15-25.
- FONSECA FERRANDIS, R. 1984-85: "Utilaje y objetos de adorno de hueso de la Edad del Bronce de La Mancha", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 11-12, pp. 47-55.
- FONSECA FERRANDIS, R. 1988: "Botones de marfil de perforación en "V" del Cerro de La Encantada (Granátula de Calatrava, Ciudad Real)", *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, 3, pp. 161-168.
- FORBES, R. J. 1965: *Studies in ancient technology*, III, Leiden.
- GOULETQUER, P. L. 1969: "Les briquetages a piliers trifurqués des anciens golfes picton et santón", *Annales de Bretagne*, LXXVI, pp. 120-137.
- HARRISON, R. J. 1977: *The Bell Beaker Cultures of Spain and Portugal*, American School of Prehistoric Research, Bull. 35, Harvard-Massachussets.
- HARRISON, R. J. 1980: *The Beaker Folk. Copper Age Archaeology in Western Europe*, Londres.
- HARRISON, R. J. 1983: "Notas sobre el empleo de la plata en la cultura argárica del SE peninsular", *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch*, II, Madrid.
- HARRISON, R. J. y GILMAN, A. 1977: "Trade in the second and third millennia B.C. between the Maghreb and Iberia", en Markotic, V. (ed) *Ancient Europe and the Mediterranean: studies in honour of Hugh Hencken*, Warminster, pp. 90-104.
- JIMENO, A., FERNÁNDEZ MORENO, J. J. y REVILLA ANDIA, M. L. 1988: "Asentamientos en la provincia de Soria: Consideraciones sobre los contextos culturales del Bronce Antiguo", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 30, pp. 84-118.
- JONES, M. V. 1977: "Prehistoric salt equipment from a pit at Mucking, Essex", *The Antiquaries Journal*, LVII, 2, pp. 317-319.
- JORGE, V. O. 1992: "As mamoas funerarias do norte de Portugal (do Neolítico a Idade do Bronze Antigo) como elementos indicadores de uma progressiva complexidade social:

- esboço preliminar da questão”, *Revista da Faculdade de Letras da Universidade do Porto*, II Serie, IX, pp. 463-480.
- JORGE ARAGONESES, M. 1953: “Hacia una sistematización de la Edad del Bronce en la actual provincia de Santander”, *Altamira*, 1,2 y 3, pp. 242-282.
- LANGOUET, L. 1989: *Un village coriosolite sur l'île des Ebihens (Saint-Jacut-de-la-Mer). Bilan de trois campagnes de fouilles*, Saint-Malo.
- LULL, V. 1983: *La “cultura” de El Argar. Un modelo para el estudio de las formaciones económico-sociales prehistóricas*, Madrid.
- LULL, V. y ESTÉVEZ, J. 1986: “Propuesta metodológica para el estudio de las necrópolis argáricas”, en *Homenaje a Luis Siret*, Madrid, pp. 441-452.
- MALUQUER DE MOTES, J. 1960: “Nuevos hallazgos de la cultura del vaso campaniforme en la meseta”, *Zephyrus*, XI, pp. 119-130.
- MARGALEF, R. 1956: “La vida en las aguas de elevado residuo salino de la provincia de Zamora”, *Publicaciones del Instituto de Biología Aplicada del CSIC*, XXIV, pp. 123-137.
- MARTÍN, C., FERNÁNDEZ-MIRANDA, M., FERNÁNDEZ-POSSE, M.D. y GILMAN, A. 1993: “The Bronze Age of La Mancha”, *Antiquity*, 67, pp. 23-45.
- MARTÍN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G. 1989: “La cultura del Vaso Campaniforme en las campiñas meridionales del Duero. El enterramiento de Fuente-Olmedo (Valladolid)”, *Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid*, nº 1, Valladolid (2a).
- MARTÍNEZ SOPENA, P. 1985: *La Tierra de Campos occidental. Poblamiento, poder y comunidad del siglo X al XIII*, Valladolid.
- MATA CARRIAZO, J. DE 1947: “La Edad del Bronce”, en *Historia de España* dirigida por R. Menéndez Pidal, I, 1, Madrid, 753-852.
- MÍNGUEZ, J.M. 1980: “El dominio del Monasterio de Sahagún en el siglo X. Paisajes agrarios, producción y expansión económica”, *Acta Salmanticensis*, 119, Salamanca.
- MORO BENITO, C. 1987: “Estudio Geológico y metalogenético de los yacimientos minerales de la provincia de Zamora. Su valoración e interés económico”, *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos “Florián de Ocampo”*, pp. 267-312.
- MÜLLER, J. 1987: “Salt, chert and shell: Mississippian exchange and economy”, en Brumfield, E. y Earle, T.K. *Specialization, exchange and complex societies*, Cambridge, pp. 10-21.
- PASTOR, R. 1963: “La sal en Castilla y León. Un problema de la alimentación y del trabajo y una política fiscal (siglos X-XIII)”, *Cuadernos de Historia de España*, 36-38, pp. 42-83.
- PAUTREAU, J. P. 1976: “Les civilisations de l'Age du Fer dans le Centre-Ouest”, en Guillaime J. (ed.) *La Préhistoire Française. II. Les civilisations néolithiques et protohistoriques*, Paris, pp. 770-780.
- PLANS, P. 1970: *La Tierra de Campos*, Madrid.
- POWELL, M. L. 1988: “Status and health in Prehistory. A case study of the Moundville Chiefdom”, *Smithsonian Series in Archaeological Inquiry*, Washington.
- RIEHM, K. 1961: “Prehistoric salt building”, *Antiquity*, XXV, pp. 181-191.
- RODANES VICENTE, J. M. 1987: *La industria osea prehistórica en el valle del Ebro*, Zaragoza.
- RODRÍGUEZ, E., LARREN, H. y GARCÍA ROZAS, R. 1990: “Carta Arqueológica de Villafafila”, *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos “Florián de Ocampo”*, pp. 33-76.
- SAULE, M. 1982: “La fabrication du sel et la ceramique de l'Age du Bronze a Salies-de-Bearn”, en *Catalogue de l'Exposition “L'Age des Metaux en Bearn”*, Pau, pp. 57-63.

- SERVICE, E. R. 1984: *Los orígenes del Estado y de la civilización*, Madrid.
- VIÑE, A. I., MARTÍN, A. M. y RUBIO, P. 1990: "Excavación de urgencia en "Santioste", Otero de Sariegos", *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos "Florián de Ocampo"*, pp. 89-104.
- VIÑE, A. M., SALVADOR, M., IGLESIAS, L., RUBIO, P. y MARTÍN, A. M. 1991: "Nuevos datos acerca del yacimiento de "Santioste", Otero de Sariegos (2ª Campaña de Excavación)", *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos "Florián de Ocampo"*, pp. 175-190.